

LA FE MUEVE MONTAÑAS Y CURA

Pedro Soler

La fe mueve montañas; ha sido el dicho usado con más frecuencia, y siempre aplicado a empresas difíciles y objetivos de cuyo final se tienen serias dudas. Siempre fue su aplicación más popular y para salir del paso. Pero todos sabemos, que su aplicación más exacta y definitiva es la concerniente a la religión, a cualquiera de ellas, puesto que sin fe ninguna se sostendría; para los católicos es una "virtud teologal", cuya definición no entiendo muy bien, aunque supongo que se denomina así, porque la teología ha dado sobradas y contundentes "razones" de su indisolubilidad con el ser humano, y único ejercicio mental que intenta justificar la divinidad. Quien no quiera quedarse en mis burdas razones, le aconsejo que lea a los padres de la iglesia, especialmente a Santo Tomás y San Agustín; nada malo han de sacar de ello, todo lo contrario, pero si les advierto, que de semejante aventura puede que no salgan en años, y de cómo salgan ya es otro cantar. Líbreme quien sea, de aconsejarle a nadie que entre en la aventura del Corán o de la Cábala, el tiempo que le reste de vida, puede serle más complicado de lo que se imagina. Pero yo no estoy aquí para recomendar a nadie entrar o salir de una u otra religión, cada cual ande en la que mejor entienda, con fe o sin ella, pero a su libre albedrío o conveniencia. He venido aquí para hablar de la fe, pero de una fe menos compleja, a pie de calle y mucho más cercana al entendimiento de los hombres. Me refiero a la fe que el pueblo puso en adivinos, quiromantes, brujas, echadores de cartas y visionarios, que interpretaban las fuerzas de la naturaleza, rarezas, extravagancias mentales, y sucesos que escapan al entendimientos. El pueblo puso en ellos su fe, y la esperanza de que los librasen de los males que les acechaban y les eran desconocidos: Claro está que, en el origen del hombre y en las culturas primitivas no existía la definición de fe, la cuestión era más de esperanza (que después también la hicieron virtud teologal). Esperaban que aquellos que se habían abrogado determinados poderes y el conocimiento

de ciencias ocultas y secretas los protegieran.

Desde su origen el hombre tuvo conciencia de su debilidad, y para que ésta no influyera negativamente en su existencia, se inventó seres superiores; profetas, dioses, adivinos, y una desmesurada cantidad de fetiches a los que invocar su protección. Parece ser, que esto lo ha dotado de una fortaleza que no siempre ha sido aplicada para el bien de su especie ni de su entorno: Pero es así, y no parece que la historia, ni los avances científicos le hayan curado tan primitiva inclinación.

Hubo un tiempo, desde el comienzo de la humanidad, en el que el hombre adoraba al Sol, a la Luna y las estrellas. En el Universo estaban los dioses y sus misteriosas moradas. Todos sus bienes; la luz, las cosechas, el frío o el calor procedían de ellos.

Todos sus males; las tormentas, los ciclones, las mareas, los volcanes y las desenfrenadas fuerzas de la naturaleza, que de vez en cuando arrasaban sus bienes y vidas, eran maldiciones que estos dioses les enviaban. Entre ellos había algunos que se aventuraron a interpretar estos fenómenos y los convirtieron en sus sacerdotes o médium, que decían saber las intenciones de las divinidades, y les aconsejaban cómo proceder y qué ofrecimientos hacerle para prevenir sus iras. Incluso el poder político y social estaba sometido a ellos y obraba según sus vaticinios. Después aparecieron unos profetas, que anunciaban la existencia de un solo Dios invisible y misterioso, que era el principio y fin de todas las cosas y que sólo de él, emanaban todos los principios y fenómenos de la vida. Por tanto, no



Sanando las "Culebrinas". Ilustración de Pedro Soler

cabía otra interpretación de las cosas. Lo que se veneraba hasta entonces era falso y a la vez pagano. Todo aquel que hiciese de sacerdote de otros dioses, o ejerciera prácticas que no estuvieran de acuerdo con la nueva doctrina, eran enemigos además de herejes. Aún así, el pueblo no quiso desprenderse de sus creencias, de los sacerdotes que las representaban, y de todo el ejército de curanderos y adivinos que predecían y curaban sus males.

Después, el único Dios que pregonaban los profetas se dividió en tres, que lógicamente partían del mismo tronco; nuestro Dios uno y trino que dio origen a la religión cristiana. Yahvé, que dio origen al judaísmo y Alá, dios del Islam. Cuando las tres religiones monoteístas lograron introducirse en el poder político, tener connivencia con él y que las aceptara como la única verdad, persiguieron sin tregua y sin piedad a las otras creencias y a toda práctica que no estuviera de acuerdo con sus principios. Se arrasaron templos, se derrumbaron ídolos, encarcelaron y ejecutaron a los otros sacerdotes. Toda práctica que no se atuviera a sus principios fue declarada como brujería y, por lo tanto, merecedora de la hoguera; en ella ardieron quiromantes, adivinadores y brujas en general. A pesar de ello, en secreto, el pueblo siguió confiando en ellos; aceptaron la nueva religión, pero no renunciaron a determinados principios y prácticas que venían de sus antepasados y la tradición había pasado de padres a hijos. Sometidos al ostracismo social y perseguidos, secretamente siguieron curando enfermedades con ungüentos y pócimas mágicas. Infinidad de gente, aprovechando la oscuridad y ocultos caminos, continuaron acudiendo a que le predigieran su futuro, les librarán del mal de ojo, y que las mujeres parieran varones en lugar de hembras. En los lugares donde hasta entonces veneraban a sus deidades y se celebraban fiestas paganas, se elevaron nuevos templos, en los que obligatoriamente se había de adorar al nuevo Dios, cuyas celebraciones coincidían con las anteriores fiestas paganas. Nunca se pudo domesticar en su totalidad ese atavismo ancestral y determinadas creencias. Subyacen en nosotros como algo misterioso, que sólo unos pocos iniciados saben y pueden interpretar.

A pesar del inmenso poder que el género humano ha sido capaz de

desarrollar, no ha podido ni ha querido desprenderse de los principios atávicos que sus antepasados primitivos crearon. Hay una fuerza misteriosa y oculta, que por encima de razonamientos y avances científicos mantiene el cordón umbilical que nos une con nuestro pasado. No es tan fácil, ni mucho menos simple el análisis de semejantes inclinaciones. Es por ello, que aún hoy, nos sorprendemos que muchas personas se sometan a determinadas prácticas curativas; le prevengan, le adivinen su futuro o las causas de sus avatares. A pesar de tener noticias diarias en la televisión, la radio o la prensa de los avances de la ciencia, o el descubrimiento de que muchas de las verdades históricas en las que fundaban sus creencias y estilo de vida sólo eran leyendas infundadas. Debe ser la comodidad de la inercia, u otros mecanismos psíquicos que desconozco, pero de ciegos sería negar la evidencia, y no seré yo quien la niegue.

En los tiempos en que yo era un infante; creo recordar que sobre los doce o trece años. Una mujer joven y guapa (según decían) curaba todo mal, por pertinaz y malicioso que fuera. Contaban que semejante poder, provenía de una estrella plateada que tenía en el cielo de la boca, que desde su nacimiento había causado extrañeza y asombro entre quienes supieron de semejante fenómeno. Vivía en Uleila del Campo, donde recibía a todo aquel que necesitase de sus dones, sin cobrar nada por ello.

Uno de mis mejores amigos en Sorbas, comenzó a sufrir padecimientos que la medicina tradicional no acertó a diagnosticar. La anemia, desgana y tibieza en sus actitudes, aumentaba de día en día ante el desánimo de su madre, que sin decir nada a la familia decidió llevarlo a Uleila, para que la mujer con la estrella en la boca pusiera remedio a los males de su hijo. *"La mu joía" -me dijo éste después- ha dao en la clave, sin que yo abriera la boca pa ná.* Parece ser, que después de pedirle a la madre que los dejase solos, le estuvo observando fijamente y en silencio. Le bombardeó a preguntas sin que mi amigo le contestase a ninguna (eso me dijo). Después de unos minutos con él, hizo regresar a la madre y le dijo: su hijo no tiene ninguna enfermedad. Solamente tiene que procurar no dejarle solo durante el día, y por las noches, procure

atarle las manos para dormir. Es de imaginar que el asombro y la indignación de la madre, le proporcionaran a mi amigo unos sueños más sosegados y tranquilos, aunque seguramente menos placenteros.

Había personas (supongo que aún existen) que tenían una habilidad especial para tratar las torceduras de articulaciones, y lo relacionado con los huesos y su funcionamiento. Generalmente habían sido pastores, que desde niños se habían habituado a entablillar roturas en las patas de ovejas y cabras. Se habían familiarizado con los secretos de las articulaciones y después, aprovecharon sus conocimientos y habilidades para aplicarlos en todo aquel que sufriera esguinces, torceduras y padecimientos de los huesos. La medicina tradicional aceptó en su tiempo, que estas habilidades y su efectividad eran ciertas y convivió con ellas sin mayores problemas. Mis recuerdos me llevan hasta la persona del "Tío Frasco Artero", que vivía por la zona de Moras o Gochar (no recuerdo éste detalle) y cuyo prestigio traspasó los límites comarcales y provinciales. No fue él, sino uno de Adra con la misma habilidad y conocimientos, quien sanó a un viajante de Los Gallardos, que por su profesión era hombre de verborrea fácil y vibrante. Con afición al verso y a declamarlo en funciones teatrales y reuniones al uso en aquellos años. Era persona incrédula con las prácticas de curandería y a todo lo que no fuese la medicina oficial. Ello fue así, hasta que después de visitar los mejores especialistas de Almería, Granada, Madrid y Barcelona, ninguno fue capaz de sanarle los dolores de espalda, que le obligaron a dejar su profesión y le tenían prostrado y dolorido la mayor parte de su tiempo. Me contó bajo promesa de no decirlo a nadie (seguía sin creer en ello) que, aburrido de sus padecimientos y sin encontrar solución a ellos, emprendió el camino de Adra para ponerse en manos de quien le dijeron podía aliviarle su espalda. Aunque incrédulo, contaba asombrado como aquel hombre, logró sanarle de unos males que nunca le volvieron a visitar. Según me dijo, después de recitarle unas formulas secretas y misteriosas, procedió a darle unas friegas en la espalda con petróleo, y pasados unos días desaparecieron sus dolores para siempre. Así lo contó con discreción y a pocas personas, por temor a que le tomasen por simple o analfabeto.



Rezando la "Carne Cortá". Ilustración de Pedro Soler

Hace unos días visité en una casa de Sorbas, a una familia que estaba en los secretos de determinadas prácticas curativas. Lo hice bajo la promesa de no decir nombres, ni detalles que pudiesen dar con la pista de quienes son. Según me advirtieron, si revelaba ciertas cosas, era probable que le abandonasen las virtudes que le proporcionaban tal poder. Coincidió en aquella casa con un matrimonio de Níjar, que habían acudido para que a ella, le retirasen el mal de ojo que alguien le había echado con intención o sin ella (que los dos casos se pueden dar). Logrado el propósito, el marido me relató cómo le habían curado a su padre los dolores de lumbago que le atormentaban. Aunque el método em-

pleado era el más seguro, tenía la dificultad de poder atrapar una culebra viva y, que viva saliera del experimento después de cargar sobre ella el dolor de su paciente y, después dejarla libre para que lo fuese soltando sobre la tierra o pedregal por donde se arrastrase, después de restregarla con insistencia por la cintura del paciente, sujetándola el curandero por la cabeza y la cola.

La literatura, el cine y todas las artes, trataron con especial interés todo lo relacionado con curanderos, chamanes, echadores de cartas, profetas del futuro y bebedizos misteriosos que curaban el mal de amor y otros padecimientos. Pero de todo ello, por ser lo más genérico y ambiguo del curanderismo, ha reinado

con luz propia "El mal de ojo". A él se le atribuye casi todo; ensoñaciones difíciles y turbulentas, mareos imprevistos y sin causa, males de la cabeza, flojeras injustificadas, actitudes imprevistas y raras, aflicciones inconsolables, desganas que no tienen explicación, enfriamientos insuperables, y el hundimiento de la cuenca de los ojos cuando adquieren un color amarillo terroso.

Sólo determinadas personas pueden echar "el mal de ojo". Pero no sólo las personas pueden padecerlo, también los animales son víctimas de sus efectos; las cabras no dan leche, tiritan de frío y no se mueven. Los machos pierden su apetencia por las hembras y se vuelven torpes y melancólicos.

Como en cualquier grupo profesional o humano, los echadores del "mal de ojo", los hay de toda condición; los que emplean su facultad para hacer el bien, y los que por el contrario, lo utilizan con aviesas intenciones. Los primeros procuran pellizcar a los niños cuando están con ellos, pues según dicen, el espasmo que les produce el pellizco les impide que anide en ellos "el mal de ojo". Me dijeron, que ese salto que da la sangre al sentir el pellizco, es la mejor defensa para que, incluso involuntariamente, le pueda hacer efecto el mal. Hay diversas formas para prevenir el mal; una de ellas es colocarse una prenda de vestir al revés. En los niños, el medio más efectivo consiste en colocarle donde no se vea, oculta entre su ropa, una bolsita de tela con tres granos de trigo, tres de sal gorda y una cruz de romero. Otra de las prevenciones más efectivas consiste en llevar colgada la Cruz de Caravaca, cuanto más grande mejor. Cuentan que se dieron casos, en los que la mencionada cruz se ha retorcido o se ha roto, cuando la persona que la portaba ha sido agredida por el mencionado mal. A los animales basta con ponerles un lazo o collar de color rojo rodeándole el cuello.

Como toda cura que se precie, "el mal de ojo" tiene su oración para extraer de la persona que lo padece semejante mal. Su invocación dice lo siguiente:

*Pastorcillo que a la fuente fuiste,
y de la fuente viniste.*

Quítale el mal de ojo a (se dice el nombre de quien lo padece)

Si es de la frente: San Clemente.

Si es de la vista: Santa Lucía.

*Si es de la boca: Santo Tomás
Si es de todo el cuerpo: Las tres
personas de la Santísima Trinidad.
"Santa María, Tú con tu mano, yo
con la mía"*

Dicha la mencionada oración, se reza un padrenuestro y, hecho lo cual, todo se ha de repetir tres veces para que sea efectivo. Mucho más lo será si, lo hacen tres personas a la vez, sin que cada una de ellas sepa que también lo rezan los otros. Este es un pormenor extraño pero, en éstas cuestiones como en las de la fe, las cosas son extrañas y poco habituales, aunque no más, que algunos misterios de las religiones conocidas y aceptadas.

Otra de las prácticas habituales de la medicina popular, es la denominada "La carne cortá". Es un rito usado para curar esguinces y golpes que no hayan producido herida; para su ejecución se llena un tazón de agua y se vierte en una sartén que ha de estar sobre un fuego muy lento. El tazón se pone boca abajo sobre la sartén con el agua y, sobre el culo del tazón se ponen unas tijeras abiertas. Después, con el paciente presente, quien ejerce de curandero o médium reza la siguiente oración sobre los elementos mencionados, y partiendo siempre de cada una de los extremos de las tijeras hacia el centro de ellas:

*En el huerto de Jesús
nueve hombres trabajaban;
tres araban, tres segaban,
y tres la carne cortaban
y a (nombre del paciente) le quitaban.*

Después se reza un credo, y durante tres veces se repite la misma oración y el credo, con el mismo rito de hacerlo desde las puntas de las tijeras al centro.

Muchos son los rituales en los que interviene una oración, sin duda, procede de fórmulas ancestrales, que por transmisión oral pasaron de generación en generación. Es posible, que los medios a emplear también hayan variado, con los nuevos utensilios que se han ido incorporando, pero creo que la esencia es la misma de sus orígenes. Es curioso también, que a la tradición pagana se le hayan incorporado oraciones de la religión oficial, impuesta en su tiempo por la Inquisición y otras normas disuasorias. Sin duda fue una incorporación artificial, cuyo fin era librarse de posibles acusaciones de brujería. En

diversos y autorizados tratados de antropología, esto está demostrado sobradamente. Por tanto, quien tenga curiosidad en ello que lo compruebe, mientras tanto, yo seguiré con aquello que vi y escuché, de los que se dedican y son reconocidos en éstas prácticas.

"La Tericia", es el nombre que se le da al mal que padece aquel, que por susto, agravio u otras causas desconocidas adquiere un color amarillo terroso y le abandonan las fuerzas. Cuando la evidencia de estos síntomas, no deja lugar a dudas sobre el mal que padece quien los muestra, en su presencia se llena un tazón con agua. Después con unas tijeras se recortan nueve cuadrados pequeños de tela; tres han de ser de tejido negro, tres de amarillo y tres de blanco. El color negro representa la prueba de que el mal está en todo su apogeo. El amarillo representa un estadio intermedio y el blanco la ausencia de mal. Los nueve cuadrados de tela de distintos colores, se van depositando sobre la superficie del agua uno tras otro, mientras a cada uno y antes de echar el siguiente se le reza:

*Yo fui a un huerto
y me encontré tres hombres:
uno araba, otro cavaba, y el otro,
en curar la tericia se entretenía.*

Después de rezar ésta oración, a cada trozo de tela independientemente, se observa con detenimiento y en silencio la reacción de cada uno de ellos; si los negros o uno de ellos se hunde en el fondo del tazón, es señal evidente de que el mal está en plena expansión. Si por el contrario lo hace el amarillo; el mal es posible atajarlo sin dificultad y, si es el blanco el que se hunde, la ausencia del mal queda demostrada. Una vez concluido el diagnóstico, cada paciente recibirá un tratamiento, según el método y conocimiento de cada sanador.

Las verrugas también tiene su tratamiento que varía según quien las cure. Uno de ellos consiste en coger un esparto por cada verruga, se frota éste sobre la verruga a curar mientras se le reza. Así sucesivamente en todas las verrugas que existan en el cuerpo. Cada esparto se va enrollando sobre una piedra y, una vez enrollados todos sobre a misma piedra, ésta se arroja a una poza o balsa, de forma que por el peso de la piedra se depositen en el fondo. Después se le reza un padrenuestro,

para que a los dos o tres días comiencen las verrugas a desprenderse.

Otro de los métodos consiste en sacar un caracol de su caparazón, restregarlo sobre las verrugas a curar, para que la baba segregada impregne a éstas. Después se ata el cuerpo del caracol con un hilo de coser, y se tira sobre un paraje por donde no se vaya a pasar en mucho tiempo.

La formula para curar "las culebras" (hesper-zoster) consiste en ir dibujándolas con tinta negra (hoy se usa la tinta china). El dibujo consiste en ir marcando con una cruz, cada ampolla de "la culebra" mientras se le reza la oración pertinente. Es de suponer, que la precisión y forma de las cruces marcadas, así como el poder que emane de quien rece las oraciones, hará más efectivo la sanación de semejante mal.

La enumeración de todos los métodos, que la tradición popular tiene para curar los males del cuerpo y de la mente, haría de éstas páginas un tratamiento sobre el particular. Ni éste es el fin que pretendo, ni estoy preparado para ello. Sólo dejo constancia someramente, de las prácticas más habituales en nuestra comarca, según la información que he podido recopilar sobre ello. No será tampoco yo, quien se atreva a juzgar éstas prácticas, que desde los orígenes del hombre han llegado hasta nuestros días, a pesar de los avances de la ciencia, entre ellas la de la llamada medicina oficial. Refutados profesionales de ésta medicina siempre nos han dicho, que la confianza y la fe en la curación, es a veces, tan importante como la mejor y la más avanzada medicación. Siendo pues, como parece, una cuestión de fe, en ocasiones me pregunto: ¿qué diferencia existe en creer en misterios trinitarios, ascensiones, asunciones y muertos resucitados, a que alguien tangible y de éste mundo, por medios de exorcismos, formulas mágicas, y la fe de quienes se someten a ellas, sanen por efectos de éstas?

Particularmente, éstas dudas las tengo definitivamente resueltas y lo expuesto, aparte de antropológicamente atractivo, sólo me sirve para pergeñar unas páginas, que aparte de ilustrativas, sirvan de información para quien desconozca lo que en ellas se expone, y ha sido práctica habitual en nuestro pueblo y en toda la geografía del mundo, que como algún cursi denomina; "mundial".